



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

El libro de Daniel

VOCERO DEL DIOS DE LA HISTORIA

EXPONE

Pablo López



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



CLASE 15

Temario de todo el curso

Introducción al estudio del libro.

- Contexto histórico, autor, fecha y temas principales.
- La autenticidad de Daniel.

Parte I.

Las vivencias de Daniel. Capítulos 1 a 6

- Capítulo 1. Mantener convicciones en un sistema absorbente.
- Capítulo 2. Marcar diferencias en un sistema incoherente.
- Capítulo 3. Mostrar denuedo en un sistema intolerante.
- Capítulo 4. Ministrar fielmente en un sistema impenitente.
- Capítulo 5. Mirar distante en un sistema irreverente.
- Capítulo 6. Militar irrepreensible en un sistema intrigante.

Parte II.

Las visiones de Daniel. Capítulo 7 a 12.

- Capítulo 7. La visión de las cuatro bestias.
- Capítulo 8. La visión del carnero y el macho cabrío.
- Capítulo 9. La visión de las setenta semanas.
- Capítulo 10. La visión del varón vestido de lino.
- Capítulo 11. La visión de los reyes futuros.
- Capítulo 12. La visión del tiempo del fin.

Conclusión.

- El impacto de una trayectoria intachable.



CAPÍTULO 9.

LA VISIÓN DE LAS SETENTA SEMANAS

En las visiones de los capítulos anteriores ha quedado claramente establecido que “hay un Dios en los cielos” que conduce los acontecimientos de la historia, que es este Dios quien “muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes” y “hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra”. Este Dios soberano ha determinado que su pueblo este sometido a poderes gentiles durante un período de tiempo que comenzó con la caída de Jerusalén ante Babilonia y se extenderá hasta el advenimiento glorioso del Mesías.

En los capítulos 2, 7 y 8, Dios muestra a Daniel como cada uno de los imperios que vendrían – Babilonia, Persia, Grecia y Roma - cedería su dominio al siguiente, hasta que Dios ponga fin a todo y establezca su propio reino eterno. Cada visión agrega nuevos detalles o perspectivas de los acontecimientos que permiten al lector formarse una imagen del porvenir. Pero Daniel 9 es, quizás, la descripción más detallada y precisa de los eventos futuros que encontramos en las Escrituras. En esta pieza clave de la interpretación profética se revela que en el transcurso de “setenta semanas” el plan de Dios habría de consumarse.

El Bosquejo será el siguiente:

- 9.1. La profecía de Jeremías. (9:1-2)
- 9.2. La confesión de Daniel. (9:3-19)
- 9.3. El programa Dios. (9:20-27)

9.1. La profecía de Jeremías. (9:1-2)

Los sucesos ocurrieron “en el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación de los medos, que vino a ser rey sobre el reino de los caldeos”. El mencionado aquí es el mismo que aparece en el capítulo 6. En la introducción de ese capítulo mencionamos las dificultades que existen para identificar a este Darío en la historia. En principio se trataría de un regente que, bajo la autoridad de Ciro el grande, gobernaba la región de Babilonia. Lo que es seguro es el año en que Daniel recibió la visión: 538 a.C.

El año es importante para comprender el resto del pasaje y la razón por la cual Daniel estaba mirando atentamente “en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años”.



Los libros a los que se refiere son, sin duda, las profecías de Jeremías, y en particular, las que hablaba del tiempo que duraría la deportación. Dios había anunciado la invasión de los caldeos y la posterior cautividad en Jeremías 25:1-11 y 29:1-10.

Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años. Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho Jehová, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desiertos para siempre. Jeremías 25:11-12

Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Jeremías 29:10-11

Este pasaje nos presenta a Daniel como un estudiante diligente de las Escrituras. A pesar de ser él mismo un profeta, entendía que necesitaba mirar atentamente en los textos sagrados para entender más y comunicar mejor el mensaje de Dios. Cada hijo de Dios, sea o no responsable de enseñar la Biblia, tiene la responsabilidad de leerla, estudiarla, meditarla y vivirla. Y si Dios le concede ese privilegio, recién después, enseñarla.

La duración del juicio divino era muy precisa: 70 años. La profecía tenía dos componentes: la desolación de la Tierra y la sumisión al rey de Babilonia. Cada componente parece haberse cumplido con muy poca diferencia en períodos de 70 años. El comentario bíblico “Palabra Duradera” señala que “Los 70 años de desolación de la Tierra se pueden calcular como el tiempo entre la destrucción del templo por parte de los babilonios y la reconstrucción del mismo. La cautividad del pueblo judío, que duró 70 años, comenzó antes de la destrucción del templo con la primera deportación de judíos hacia Babilonia y terminó con el decreto de Ciro que permitía a los judíos volver a Jerusalén”.

“Nótese que es importante mantener en mente estas etapas de la cautividad, cuando se calculan los 70 años de exilio anunciados por Jeremías 29:10. El intervalo entre la primera deportación en 605 a.C., en la que el mismo Daniel estuvo involucrado, a 536 a.C., cuando los primeros repatriados bajo el mando de Zorobabel construyeron de nuevo un altar en Jerusalén, suma 70 años. Así mismo, el periodo de tiempo desde la primera destrucción del templo a manos de Nabucodonosor en 586 a.C. y la finalización del segundo templo por parte de Zorobabel en 516 a.C., es de 70 años aproximadamente”



Los 70 años no eran una cantidad caprichosa. Así como los 40 años de peregrinación en el desierto, consecuencia de la rebelión en Cades Barnea (Números 13), correspondían a un año por cada día que había durado la expedición en la Tierra Prometida, los 70 años corresponden a los años de descanso sabático que los israelitas no habían cumplido durante los últimos cinco siglos. Aparentemente, todo el tiempo de los reyes, desde Saúl hasta el momento en que Dios trajo el juicio sobre ellos, los israelitas no habían respetado el mandamiento de dejar descansar la tierra cada siete años (Levítico 25:1-7, Levítico 20:22, Levítico 26:33-35). Así lo reconoce el cronista inspirado:

Los que escaparon de la espada fueron llevados cautivos a Babilonia, y fueron siervos de él y de sus hijos, hasta que vino el reino de los persas; para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, hasta que la tierra hubo gozado de reposo; porque todo el tiempo de su asolamiento reposó, hasta que los setenta años fueron cumplidos. 2 Crónicas 36:20-21

En “el año primero del rey Ciro” (Daniel 1:21) este rey proclamó un edicto que permitía a los judíos volver a Jerusalén y reconstruir el templo. Este anuncio marcó el fin de los 70 años de cautividad, como Dios lo había dicho a través de Jeremías. Este es el mismo decreto al que se refiere Esdras:

En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra del Eterno por boca de Jeremías, despertó el Eterno el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: el Eterno el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa al Eterno Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Esdras (1:1-3)

Como mencionamos, no solo estaba anunciado este evento, sino sus protagonistas. Porque por medio de Isaías y con un siglo y medio de antelación, Dios anunció que sería por intermedio de uno llamado Ciro por quien traería liberación a su pueblo: “Así dice el Eterno a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha... Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido, te llamé por tu nombre; te puse sobrenombre, aunque no me conociste” (Isaías 45:1-4).



9.2. La confesión de Daniel. (9:3-19)

Dios no tiene intenciones vagas, sino propósitos específicos y planes concretos. No solo sabe lo que hará, sino cuándo, cómo y por medio de quien lo hará. Daniel sabe que así fue el pasado y está seguro que cumplirá su palabra también ahora. Sin embargo, eso no impide que el siervo venga humildemente delante de Dios para pedir que actúe a favor de su pueblo.

Que Dios haya determinado hacer algo, no significa que sus hijos podamos descuidar la oración por eso. No oramos para que Dios cumpla sus promesas, porque él no tiene vacilaciones sobre eso. Oramos para alinearnos con su voluntad y disponernos para ser parte de su plan.

Daniel vuelve su rostro a Dios en oración “buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza”. La expresión “volví mi rostro” implica que asumió el desafío de perseverar en oración. No era una plegaria casual, sino la firme determinación de dedicar tiempo a rogar intensamente por este motivo concreto. Lo hizo acompañado de ayuno, dedicando hasta los tiempos de alimentarse a la oración. Lo hizo vestido de cilicio, esto es, de telas ásperas e incómodas, usadas generalmente en señal de duelo. Y lo hizo en “ceniza”, otro símbolo asociado al luto. Daniel se acerca a Dios con un corazón contrito y humillado, porque sabía que Dios no rechaza a quienes se acercan a él de esa manera (Salmos 51:17).

Luego transcribe su oración, una oración confesando el pecado de su pueblo y alabando a Dios por su bondad y justicia, a pesar de la obstinada desobediencia de Israel. Toda la oración es un contraste entre estos dos hechos: Dios es justo y bueno. Israel pecó y está recibiendo lo que merecían sus acciones.

Daniel comienza su oración identificando y reconociendo a su interlocutor: “oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos” (9:4). Daniel está dirigiendo su voz a Jehová, el Dios del Cielo. Es el Creador, el Altísimo, el Soberano, el Santo, el Juez. Es el que habita en luz inaccesible, pero también “con el quebrantado y humilde de espíritu” (Isaías 57:15) o de manera mucho más breve: “mi Dios”. El Dios a quien “continuamente” servía (6:16,20).

Es este prologo reconociendo la grandeza y fidelidad de Dios puede parecer innecesario. Dios sabe quién es. Sin embargo, cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar, les animó a hacerlo así “Padre nuestro que estás en los cielos...” (Mateo 6:9). No es para que Dios se entere, sino para que nosotros no olvidemos ante quien estamos y el privilegio que tenemos de entrar confiadamente ante ese trono de gracia.

Daniel está ante el “que guarda el pacto y la misericordia con los que te aman”. No venía a recordarle que hizo promesas, sino a reconocer que si algo no estaba funcionando es por su culpa. Ellos habían fallado. “hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impíamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas.



No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra” (5-6).

Podría decirse que si hay un tipo bueno en la Biblia, ese es Daniel (uno de los pocos de los que no se destacan errores) Sin embargo, Daniel se incluye como culpable en la confesión de pecado de la nación. Seis veces dice “hemos”. Podría haber dicho “ellos pecaron, ellos no escucharon, ellos fueron rebeldes”. Después de todo, Daniel no había sido directamente responsable de las acciones que llevaron a Israel al destierro, era el resultado de una historia que venía de muchos años antes que él siquiera naciera. Sin embargo insiste: Fuimos nosotros. Primero, porque Daniel sabía que pertenecía ese pueblo, que aunque fuera rebelde, era el pueblo del pacto, y ese pacto decía que la única solución al problema era el arrepentimiento y la confesión:

Sucedará que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en medio de todas las naciones adonde te hubiere arrojado Jehová tu Dios... entonces Jehová hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido Jehová tu Dios. Deuteronomio 30:1-3

Ahora Daniel mira nuevamente a Dios para reconocer su absoluta justicia. El problema somos nosotros: “Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti” (9:7). Daniel no se quejó ni recriminó a Dios por un castigo tan severo. Lo que estaba pasando con Israel no tenía nada que ver con Dios.

La confusión de rostro, la humillación y vergüenza que estaban sufriendo era a causa de lo que Israel había hecho. Dios había sido absolutamente justo. Había cumplido exactamente los términos del pacto establecidas en Deuteronomio 28.

El profeta vuelve a insistir en la culpabilidad del pueblo y la responsabilidad de todos, desde los líderes nacionales hasta los habitantes comunes: “Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos” (9:8). Sabíamos lo que hacíamos. Esto es confesar, admitir ante Dios que entendemos y reconocemos que hicimos mal. Sin excusas. Sin atenuantes. Solo humilde confesión. La confesión es el primer paso para alcanzar misericordia y hacia esto apunta ahora Daniel.

Estaban padeciendo las consecuencias de lo que habían hecho. Pero Daniel apela a esa cualidad del amor que no da al pecador lo que se merece: la misericordia: “De Jehová nuestro Dios es el tener



misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado, y no obedecemos a la voz de Jehová nuestro Dios, para andar en sus leyes que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas” (9:9-10) ¡Que bendición tener “un Dios que se deleita en misericordia”!

¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados. Miqueas 7:18-19

Todo estaba escrito. Dios trajo las maldiciones que había advertido en la ley de Moisés. Pero ellos no quisieron reconocerlo. Claramente enfrentaban el castigo de su desobediencia. Pero no vinieron ante Dios para implorar su favor (9:11-15). Pero Daniel confiaba en su Dios. Por eso, aunque era plenamente consciente del pecado de Israel y de que la condena que padecía era justa, puede venir a Dios para suplicar misericordia.

Daniel termina su oración de confesión pidiendo a Dios que perdone a su pueblo y restaure Jerusalén: “Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte; porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro” (9:16).

Daniel pide misericordia a Dios, que vuelva su atención a Jerusalén y que el templo sea restaurado, “haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario”. Señor, perdónanos: “Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo” (18-19).

9.3. El programa Dios. (9:20-27)

La ferviente oración de Daniel es escuchada en el cielo. El profeta suplica a Dios por la liberación de su pueblo. Ha reconocido el pecado nacional de Israel. Ha invocado la misericordia divina. Ha suplicado que no se tarde en perdonar. Pero la respuesta es tan rápida ¡que interrumpe la oración! El enviado de Dios llegó cuando Daniel “aún estaba hablando y orando”. Como decía David: “Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda” (Salmo 139:4).

La respuesta de Dios no llega tarde, ni temprano. Llega cuando tiene que llegar, porque como dijo Jesús, no tenemos necesidad de informar a Dios.



Nuestro Padre sabe de qué cosas tenemos necesidad, antes que se las pidamos (Mateo 6:8). Daniel está tan perplejo que insiste en remarcar tanta celeridad: “aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde” (9:21).

Ya conocimos a Gabriel en el capítulo 8. Su nombre significa “Dios es grandioso” y su especialidad es entregar mensajes importantes de parte de Dios. Además de visitar a Daniel, profetizó a Zacarías el nacimiento milagroso de su hijo, Juan el Bautista (Lucas 1:19) y apareció a la joven virgen María para anunciarle que concebiría y daría a luz un hijo, y que debía ponerle por nombre “Jesús” (Lucas 1:26-38).

Gabriel ya había sido enviado a Daniel para explicarle la visión del carnero y el macho cabrío (8:16). Su apariencia era semejante a la de un hombre, sin embargo, “vino volando con presteza como a la hora del sacrificio de la tarde” (9:21). Esta expresión da pie a la clásica apariencia de seres humanos alados que los ángeles tienen en el imaginario popular. Lo cierto es que la Biblia nunca dice que los ángeles, así a secas, tengan alas. Sobre todo cuando contactan con gente, su apariencia es la de una persona común, aunque generalmente llevan vestiduras resplandecientes. Los que sí se describen con alas son dos tipos particulares de seres celestiales, posiblemente las dos categorías más altas de ángeles, los querubines y serafines (Éxodo 25:20; Ezequiel 10, Isaías 6).

La hora del sacrificio vespertino era un momento especial, a esa hora Moisés ofreció el cordero de Pascua (Éxodo 12:6), y a esa misma hora, Jesús fue crucificado (Mateo 27:45). En ese momento vino Gabriel con la misión de ayudar a comprender la visión que el profeta recibirá como respuesta a su oración: “habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión” (9:22-23).

Daniel no pidió entender nada. Pero su oración demostraba el interés que tenía por el plan de Dios para su pueblo. En virtud de ese deseo preexistente en el corazón del profeta, la visión le fue revelada. Dios dice que él era “muy amado”. Es interesante que tanto Daniel como Juan, que fueron conocidos por ser “amados de Dios”, fueran los canales elegidos por el Soberano para transmitir sus mensajes proféticos.

La profecía de las setenta semanas es breve, solo cuatro versículos, pero sumamente trascendente. Condensa en “setenta y siete” el plan de Dios para lo que falta de la historia del pueblo de Israel y de la santa ciudad, hasta el regreso del Mesías a establecer su reino, pasando en medio de todo eso, por la muerte del Mesías y la devastación de la ciudad de Jerusalén y del santuario.

Es importante enfatizar que esta visión no considera para nada a la iglesia. Para Daniel y todos quienes vivieron en el Antiguo Testamento, era “un misterio”. El sentido de esta palabra no es algo



secreto o inexplicable. Se refiere a una verdad escondida del conocimiento humano y solo puede ser conocida por revelación divina.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

